



Historia oculta de la rebelión negra

Historia oculta de la rebelión negra

Robin D. G. Kelley
Traducción de Munir Hachemi



**levanta
fuego**

Primera edición: febrero de 2022

Título original: *Race Rebels. Culture,
Politics, and the Black Working Class*

Copyright © 1994, 1996 by Robin D. G. Kelley

© de la edición en lengua española, 2022, Levanta Fuego

© de la traducción, 2022, Munir Hachemi

Todos los derechos reservados

Publicado por acuerdo con Free Press,
una división de Simon & Schuster, Inc.

Diseño de cubierta: Raúl Ruiz

Publicado por:

Levanta Fuego

www.levantafuego.com

contacto@levantafuego.com

ISBN:978-84-09-35133-6

Depósito Legal: M-2028-2022

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Prefacio..... | 7 |
| Introducción. Escribir la historia de la clase obrera negra desde muy, muy abajo..... | 15 |
| Primera parte. «Llevamos la máscara». Historias ocultas de resistencia | 35 |
| 1. Perezosos del mundo, ¡uníos!..... | 37 |
| 2. «No somos lo que parecemos». Las formas de resistencia y los placeres de la comunidad | 65 |
| 3. Lugares abarrotados. Resistencia en el transporte público..... | 93 |
| 4. Los intocables de Birmingham. Negros pobres en la era de los derechos civiles | 123 |
| Segunda parte. Ser rojo y negro | 159 |
| 5. Hijos de África con estandartes rojos. Los comunistas afroamericanos y las políticas culturales 1919-1934..... | 161 |
| 6. «Esto no es Etiopía pero tendrá que valer». Los afroamericanos y la Guerra Civil Española | 187 |

| | |
|--|-----|
| Tercera parte. ¿Rebeldes sin causa? | 237 |
| 7. El acertijo del zoot. Malcolm Little y la política cultural negra durante la Segunda Guerra Mundial | 239 |
| 8. Balas y realidad. El gangsta rap y el Los Ángeles posindustrial..... | 269 |
| Epílogo..... | 331 |
| Notas..... | 339 |

A mis dos mejores amigas,
DIEDRA y ELLEZA,
que me enseñaron más sobre la resistencia
de lo que yo nunca me habría preocupado
de aprender por mí mismo.

PREFACIO

La temperatura sube en las calles de Estados Unidos. Dos años después de la insurrección civil más destructiva de la historia del país han cambiado muchas cosas, pero solo unas pocas a mejor. Hombres, mujeres y niños sin hogar se congregan en las calles del centro de las ciudades o buscan refugio en almacenes y fábricas abandonadas. Los bajos salarios y el alto índice de paro parecen eternos y eso mina la confianza en el presente y reduce la esperanza en el futuro. La hostilidad racial estalla en brotes de odio, dolor y terror en los institutos, los centros comerciales y en las calles mismas. Toda una generación de jóvenes ve cómo la sociedad los considera su última prioridad: han sido relegados a los peores lugares en educación, sanidad, transporte y servicios sociales; nadie los quiere como trabajadores, estudiantes, ciudadanos y, a veces, ni siquiera como consumidores.

Al mismo tiempo, se puede percibir un intenso y casi desesperado deseo de cambio. En los colegios y en las esquinas de las calles, en las clínicas y en los centros comunitarios, en los lugares de trabajo y en los de culto el desastre que han causado al país estos veinte años de economía neocon ya está visto para sentencia. La mayoría ha sufrido de forma terrible el desmantelamiento sistemático del capital humano y social que ha tenido lugar en Estados Unidos durante los años setenta y ochenta, mientras los impuestos se han utilizado para sufragar

los derroches y las maniobras especulativas de una minoría privilegiada. En las protestas organizadas —y más si cabe en un tejido cultural aún embrionario que señala las contradicciones de nuestro tiempo— empieza a surgir un nuevo tipo de movimiento social.

Todo está cambiando muy rápido, pero en direcciones opuestas. El estado de cosas oscila entre, por un lado, una renovación del racismo y la estratificación de clases de los setenta y ochenta y, por otro, el surgimiento de coaliciones antirracistas, igualitaristas y multiculturales con los objetivos más diversos. El presente y el futuro se muestran ante nosotros como pocas veces sucede. El problema es que no tenemos demasiado claro cómo se producen los cambios sociales de tipo igualitario, cómo nacen los movimientos sociales y cómo logran triunfar, cómo encuentra la gente la voluntad para luchar y cómo vencer a fuerzas mucho más poderosas que nosotros.

Historia oculta de la rebelión negra nos proporciona todos esos conocimientos. Nos da información, análisis y descripciones de lo que conlleva el cambio social. Robin D. G. Kelley nos presenta una imagen de las masas en movimiento, de cómo es la gente en realidad y no de cómo otros querrían que fuera. Nos muestra que el activismo político nunca es un trabajo perfecto, puro y sin contradicciones, sino que es caótico y que no se sostiene con eslóganes ajenos. Kelley mira atrás, a la historia, para descubrir la manera de comprender lo que pasa ante nuestros ojos, para descifrar cómo participar en un movimiento que habla con la gente y no en nombre de ella y que nos permite reconocer abiertamente aquello que nos diferencia mientras luchamos por causas comunes.

En su trabajo sobre la resistencia de la clase obrera negra frente al racismo y la explotación, sobre las luchas por el espacio público en los autobuses de Birmingham, sobre la relación

entre el movimiento por los derechos civiles y la pobreza de la población negra, sobre las corrientes del nacionalismo negro que se dieron en el seno del Partido Comunista de Estados Unidos, así como en sus brillantísimas e inspiradoras lecturas del rap y de los zoot suits* como iconos de la lucha de los desposeídos, Kelley descubre las verdades políticas de la vida actual. Nos muestra cuánto tiene que luchar la gente para poder hablar por sí misma, para hallar espacios de acción y para defender lo logrado. Además, Kelley enmarca estas reflexiones llenas de vida, sagaces y precisas, en un análisis más amplio que prefigura el fracaso de las teorías sociológicas de la cultura dominante al tiempo que señala el camino hacia otras nuevas. *Historia oculta de la rebelión negra* es un libro de nuestro tiempo y que además llega a tiempo; un libro que entiende que ya es la hora de hacer frente a nuestras responsabilidades y sacar lo máximo de nuestras oportunidades.

GEORGE LIPSITZ

Departamento de Estudios Étnicos,
Universidad de California en San Diego

* El zoot suit es un tipo de traje ancho que estuvo de moda en Estados Unidos en la década de los cuarenta. Dada la gran cantidad de veces que aparece este término hemos preferido escribirlo en redonda para no entorpecer la lectura. Obraremos del mismo modo con otras palabras que aparecen con frecuencia [Todas las notas al pie son del traductor. Las notas del autor están señaladas con números arábigos y se encuentran al final del libro].

INTRODUCCIÓN

ESCRIBIR LA HISTORIA DE LA CLASE OBRERA NEGRA DESDE MUY, MUY ABAJO

Es contra este monstruo contra el que gente del mundo entero —especialmente en fábricas, minas, campos y oficinas— se rebela cada día de formas que no cesan de reinventarse. Algunas veces libran estas batallas a escala personal. [...]. El objetivo siempre es recuperar el control de sus propias condiciones de vida y sus relaciones con los demás. Sus esfuerzos encuentran pocos cronistas y ellos mismos buscan sin descanso formas diversas de organización sin saber cómo acabará la lucha.

C. L. R. JAMES, GRACE C. LEE Y PIERRE CHAULIEU, *Facing Reality*¹

«¡MCDONALD'S ES UN LUGAR FELIZ!»

Cuando empecé a trabajar allí en 1978 me creía ese eslogan. Para muchos de los empleados en la central de la franquicia en Pasadena, McDonald's era sinónimo de comida, amigos y diversión,* aunque lo cierto es que nuestro objetivo principal era sacar algún beneficio extra. Que nadie me malinterprete: el trabajo resultaba agotador y los uniformes de poliéster eran insoportables. Teníamos a los encargados —un rango apenas superior al de la tropa— siempre encima para que nos

**Food, folks and fun*, un eslogan de McDonald's.

moviéramos más rápido y sonriéramos más. Los clientes nos trataban como si fuéramos idiotas, probablemente porque el noventa por ciento éramos afroamericanos o chicanos de familias pobres. Pero exprimíamos nuestra creatividad para encontrar formas de compensar aquello. Yo, como casi todos mis compañeros, me agenciaba cajas enteras de galletas de McDonaldland, me ofrecía para limpiar las instalaciones y así charlaba con mis colegas o me pasaba sin querer en la cantidad de hamburguesas de cuarto de libra y pasteles de manzana que cocinaba poco antes del cierre, plenamente consciente de que nos podríamos llevar las sobras a casa. A veces dábamos un uso «erróneo» a los aparatos para lograr algo. Por aquel entonces los batidos no venían ya preparados; teníamos que echar la mezcla helada de la máquina en un vaso de cartón, añadirle sirope y dejarlo unos minutos en una batidora eléctrica. Si no se colocaba de la forma correcta, la hoja de la batidora cortaba los laterales del vaso y se armaba un desastre. Eso nos ralentizaban y armaba un lío que luego teníamos que limpiar; mientras, cualquiera que tuviera un vaso a mano podía llevarse un poco de batido. Estábamos explotados y mal pagados y entendíamos el consumo como una compensación (aunque, bien visto, comer Big Macs y patatas fritas para equilibrar los bajos salarios y el maltrato se puede entender más bien como una forma de autoflagelación).

Nunca se nos pasó por la cabeza que fuéramos parte de una «clase obrera» que estuviese combatiendo en su lugar de trabajo, en parte porque las formas de lucha que preferíamos y las estrategias que adoptábamos no entraban en los parámetros de lo que la mayoría entiende por «conflictos laborales». Nunca conocí a nadie en nuestro McDonald's que discutiera por el sueldo. En lugar de eso, le pedíamos a veces a algún amigo que fichara por nosotros, normalmente porque íbamos con retra-

so. Y nadie, que yo supiera, pidió a gerencia que nos aumentara el tiempo de descanso. Simplemente funcionábamos a ritmo de «GC» (gente de color) y convertíamos quince minutos en veinticinco. En cambio, sí luchábamos por cuestiones más importantes como qué emisora sintonizar. El dueño y algunos encargados se inclinaban por algo ligero; nosotros poníamos K-DAY en la AM o KJLH o K-ACE en la FM y bailábamos al ritmo de los sonidos funk de Rick James, Parliament, Heatwave, The Ohio Players y, sí, Michael Jackson. El pelo era quizá el campo de batalla más cruento. Los que no lo llevábamos corto debíamos ponernos reddecilla, pero no lo hacíamos. Y punto. Por supuesto, los chicos que se identificaban con las bandas negras y chicanas de finales de los setenta no tenían ningún problema con esa norma porque siempre llevaban reddecilla. Pero no estábamos dispuestos a aplastar un jheri curl,* un afro o una permanente recién hecha. Luchábamos en esos frentes con una tenacidad increíble y casi siempre ganábamos. Incluso intentábamos modificar los horribles uniformes desabrochándonos los botones, colocándonos la gorra de lado, remangándonos de una forma concreta o poniéndonos una enorme gama de accesorios.

Nada era sagrado, tampoco el proceso de trabajo. Sin duda nos tomábamos nuestras libertades, trabajábamos despacio o cometíamos descuidos deliberados, pero lo que recuerdo con más nitidez es que muchos estilizábamos nuestro trabajo. Ignorábamos los vídeos y los manuales y convertíamos el trabajo en una performance. Las mujeres de la caja maniobraban sin esfuerzo con sus uñas largas, sus cuidadas manicuras y sus cuatro anillos. Tirar la basura al cubo se convertía en una oportu-

* Peinado muy popular entre la población negra de Estados Unidos durante los años setenta y ochenta. Los rizos se llevan largos y se les da un aspecto definido y húmedo con diferentes productos.

tunidad para practicar nuestros movimientos de baloncesto al más puro estilo de Julius Erving. Los hermanos negros que llevaban la parrilla (por lo que recuerdo siempre eran negros) estaban bastante más preocupados por su aspecto que por distribuir por igual la cebolla rehidratada en todas las hamburguesas. Imagínate a un chico negro moviéndose a lo gangsta* entre la tostadora y la parrilla y blandiendo una espátula con si fuera un bastón o un micrófono. Y mientras pasaba todo eso, el resto de colegas nos vacilábamos los unos a los otros y hablábamos a voces de nuestros padres, madres, novias, novios, coches (o de su ausencia), de los tiempos de descanso, del color de la piel o de los uniformes. No pocas veces nos referíamos en tono de burla a los clientes que había al otro lado del mostrador. De vez en cuando alguno captaba alguna frase y se reía o se ofendía (o las dos cosas) por nuestro circo verbal y nuestras conversaciones colectivas.²

Los trabajadores del McDonald's central de Pasadena inventábamos constantemente nuevas formas de rebelarnos, formas que nacían de nuestras propias circunstancias vitales. No creo que ninguno fuéramos parte de un movimiento que tuviera otro objetivo más allá de fichar a tiempo (aunque creo que la «taylorización» de McDonald's, la implementación de nuevas tecnologías para hacer el servicio más sencillo y eficiente, tiene mucho que ver con las batallas que libra la dirección para minimizar esos actos de resistencia y diversión).³ Pero las cosas por lo que sí luchábamos son una parte crucial de la historia; el campo de batalla era con frecuencia el cultural, aquello que tenía que ver con la identidad, la dignidad y la diversión. Tratábamos de convertir el trabajo en placer, de transformar nuestros cuerpos en instrumentos para el mismo. Las cuestiones

* Gangsta rap, subgénero del hip hop cuyas letras suelen reflejar la forma de vida en los barrios negros desfavorecidos.

generacionales y culturales tenían mucho que ver con nuestra forma de resistir, pero muchas de nuestras acciones estaban relacionadas con el proceso de trabajo, las convenciones de género o nuestra clase social.

Como muchos trabajadores de todo el mundo, mis colegas de McDonald's no eran víctimas pasivas de la rutina, la explotación, el machismo o el racismo, y tampoco eran seres económicos «racionales» que se guiaran por el utilitarismo más elemental. Sus vidas y sus luchas eran mucho más complejas. Si queremos comprender sus acciones en lugar de desecharlas por considerarlas inmaduras, producto de una falsa conciencia o de una rebeldía infantil, debemos comenzar a escarbar bajo la superficie de los sindicatos, las instituciones políticas y los movimientos sociales, sumergirnos en las vidas cotidianas, las culturas y las comunidades que hacen que las clases trabajadoras sean mucho más que personas que trabajan. Debemos aventurarnos en el complejo laberinto de la experiencia que conforma a la gente «corriente» como personas muy polifacéticas, diversas y complejas. Aún más importante: debemos romper con la noción tradicional de política. Y no solo hemos de redefinir qué es lo político, sino también poner en cuestión multitud de ideas acerca de los movimientos y los modos de resistencia «auténticos». Con «auténtico» me refiero a la presunción de que solo ciertas organizaciones e ideologías pueden representar realmente los intereses de ciertos grupos (por ejemplo: la lucha de los trabajadores está restringida a los sindicatos, o las preocupaciones de los afroamericanos están articuladas sobre todo en las «principales» organizaciones por los derechos civiles como la NAACP* o la Urban League). Una aproximación así no solo pasa por alto la diversidad y el con-

*Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, NAACP por sus siglas en inglés.

flicto dentro de los propios grupos, sino que además da por hecho que las únicas luchas que importan son las que tienen lugar en el ámbito institucional.

Si nos disponemos a escribir una historia de la resistencia de la clase trabajadora negra... ¿dónde ubicamos a la gran mayoría de la gente que nunca perteneció a sindicatos de clase ni a movimientos políticos por los derechos de los afroamericanos? Muchas personas negras lucharon y sobrevivieron sin tener relación alguna con las organizaciones que han dominado el relato histórico de la resistencia obrera afroamericana o estadounidense. Los llamados márgenes de la lucha —ya sean las luchas espontáneas y desorganizadas contra la autoridad o los movimientos sociales que no se consideraban auténticos o representativos de los «intereses de la comunidad»— son en realidad una parte fundamental de una historia más amplia que espera a ser contada.

Historia oculta de la rebelión negra es un primer intento por recuperar y estudiar aspectos de la vida, la forma de pensar y la acción política de la clase obrera negra que han sido relegados a los márgenes. Pone el foco en las vidas cotidianas de la clase trabajadora afroamericana, en sus estrategias de resistencia y supervivencia, en sus expresiones culturales y en su participación en los movimientos políticos radicales; por tanto, trata de hacer una crónica de las luchas creativas y diversas que los obreros negros libraron en el siglo xx e intenta comprender lo que significan a la hora de pensar el modo en que construimos la historia política, social y cultural de Estados Unidos. Escogí *Historia oculta de la rebelión negra* como título porque este libro presta atención a formas de resistencia —tanto organizadas como no— que han permanecido fuera de (e incluso han sido críticas con) lo que hemos acabado por considerar las figuras clave de las instituciones políticas afroamericanas. Los actores

históricos sobre los que escribo son literalmente *rebeldes de la raza** y han sido ignorados por los cronistas de la política negra y el activismo obrero. En segundo lugar, el título apunta a la centralidad de la idea de raza en las mentes y las experiencias de los afroamericanos. La raza, y especialmente cierta concepción de la «negritud» no solo desempeña un papel central en las identidades colectivas de los trabajadores negros sino que además define en buena medida las concepciones de clase y género de todo el país. Eso es parte de lo que *Historia oculta de la rebelión negra* explora: la forma en que los trabajadores negros lucharon por conservar y definir cierta idea de identidad y solidaridad racial.

Algunas de las preguntas a las que se enfrenta *Historia oculta de la rebelión negra* tienen sus raíces en las obras de académicos radicales de generaciones anteriores que se propusieron estudiar la esclavitud y su desaparición cuando el fascismo estaba en auge en Europa y el futuro del colonialismo era incierto. Los dos libros más influyentes a este respecto fueron escritos unas tres décadas antes de que E. P. Thompson publicara *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Me refiero a *Black Reconstruction* (1935), de W. E. B. DuBois, y al ensayo de C. L. R. James sobre la revolución haitiana, titulado *Los jacobinos negros* (1938). Estas historias majestuosas de revolución, resistencia y conformación de nuevas clases trabajadoras tras la abolición de la esclavitud anticiparon los esfuerzos de los «nuevos» historiadores sociales para escribir «historia desde abajo». También contribuyeron en gran medida a revisar la historia de las revoluciones occidentales poniendo la raza, la cultura y la agencia de los africanos —esclavos y exesclavos— en el centro del relato. Ninguno de los autores concibió al recién creado proletariado

* Esta sería la traducción del título original de este libro, *Race Rebels*

negro como un producto pasivo de la explotación económica y la deslocalización. En el relato que hace DuBois, los pueblos liberados son activos, socavan la esclavitud con cada paso que dan. Los hombres y mujeres que lucharon para reconstruir el sur* fueron algo más que sirvientes y recolectores de algodón; fueron *Negroes*** con mayúsculas, tenían familias, iban a iglesias y trajeron con ellos una poderosa concepción milenaria de la igualdad y la justicia. Y los blancos pobres que apoyaron a quienes quisieron mantener su opresión, aquellos cuya posesión más preciada era, probablemente, su piel, se pusieron el nudo corredizo alrededor del cuello a cambio de mantener el privilegio de pertenecer a la raza blanca. Tal vez *Black Reconstruction* sea el recordatorio más poderoso de lo importante que es la raza a la hora de comprender la cultura y la política norteamericanas. Para C. L. R. James los recuerdos que los esclavos tenían de África, el mundo que crearon en sus chozas, alrededor de los campos de caña, la importancia social del color de la piel, los conflictos religiosos y culturales *entre* los afrodescendientes eran tan relevantes a la hora de crear y dar forma a la revolución como el trabajo sobrehumano y el látigo.⁴

Quienes se dedicaron a la «nueva historia del trabajo» o «nueva historia social» emprendieron el camino de escribir una

*En Estados Unidos, el término «Reconstrucción» hace referencia al periodo comprendido entre 1865 y 1877, cuando los estados confederados, que habían perdido la guerra, fueron intervenidos según lo ordenado por el Congreso. Entre otras cosas, se puso fin a la esclavitud.

**En este libro se utilizan los términos *negro*, *nigger*, *black*, *person of color* y *African American* como apelativos distintos, cada uno con una carga histórica y política concreta. Si bien los tres últimos tienen traducciones directas, hemos preferido dejar los dos primeros en inglés para que el lector no deje de percibir los matices concretos de cada uno. En el caso del primero, siempre que aparezca en cursiva será la voz inglesa, para evitar la confusión con la palabra española «negro».

«historia desde abajo» a principios y mediados de los sesenta, y llevaron aún más lejos la tarea que habían comenzado sus predecesores. A diferencia de DuBois y James, cuyos textos sobre el «trabajo negro» fueron recibidos en el mundo académico bien con un silencio o bien con una oposición frontal, esta nueva generación causó una revolución. El relato de sus comienzos nos suena tan familiar que tal vez un día haya que añadirlo al Nuevo Testamento. El último E. P. Thompson fue su Moisés, junto a sus compañeros de viaje: excomunistas británicos como Eric Hobsbawm y africanistas como Terrence Ranger. Al otro lado del Canal se encontraban profetas como George Rudé y, cruzando el Atlántico, hallaron discípulos como Herbert Gutman, David Montgomery, Eugene Genovese, etcétera.⁵ No fueron contemporáneos ni vivieron en el mismo lugar. Tampoco compartieron todas sus inquietudes, pero tenían en común la creencia radical de que era posible escribir la historia «desde abajo». Por supuesto, hubo críticos que sintieron que esta nueva forma de entender la historia no se enfrentaba al Estado o que ignoraba la economía política. Y en cuanto a sus cimientos radicales, la «historia desde abajo» comenzó siendo demasiado masculina y demasiado blanca (o, al menos, euroétnica), aunque eso cambió en cierta medida con el surgimiento de los estudios étnicos y feministas.

Por más antigua que resultase la «nueva» historia del trabajo, en sus mejores momentos la «historia desde abajo» tuvo un impacto mínimo en los estudios afroamericanos.⁶ Sin duda algunos defenderán que toda la historia negra es «desde abajo», por así decirlo, ya que los afroamericanos son principalmente de clase obrera. Pero esa forma de pensar no está exenta de problemas. Aparte del hecho de que todo grupo étnico o racial en Estados Unidos es en su mayoría de clase obrera, el argumento niega o minimiza la diversidad y el conflicto en el

seno de las propias comunidades afroamericanas. Incapaces de acceder a un mundo del que apenas quedan registros escritos, muchos académicos preocupados por las nuevas «relaciones raciales» redujeron la clase obrera negra a una idea limitada y a veces monolítica de la «comunidad negra». Al dejar de lado o minusvalorar las diferencias de género y clase, muchas veces se vio a los hombres de clase media que lideraban el movimiento como —en palabras del historiador Nell Painter— «hombres de color representativos del conjunto»⁷.

Los capítulos de la primera parte cuestionan la idea de que un puñado de «*negroes* representativos» puedan hablar por el conjunto de afroamericanos de clase obrera y también sugiere que algunas de las batallas más vivas tienen lugar fuera —de hecho, a veces *a pesar de*— las organizaciones consolidadas y las instituciones. Esos cuatro capítulos exploran la importancia política de las formas cotidianas de resistencia en el trabajo o en el espacio público, los placeres de la cultura y su potencial político y las instituciones comunitarias que suelen quedar fuera de lo que se llama «organizaciones obreras». En otras palabras, trato de profundizar un poco más en ese «desde abajo», hasta llegar a aquellos trabajadores cuya resistencia y supervivencia han quedado registradas de forma casi inaccesible. Me refiero con eso a ciertas estrategias cotidianas: desde perder el tiempo en el trabajo hasta el sabotaje, desde robar en la fábrica hasta el absentismo, desde decir palabrotas hasta hacer grafitis.

Dichos capítulos también estudian la espada de doble filo que supone el problema de la raza en el sur; por eso la primera parte se llama «Llevamos la máscara», como el poema de Paul Laurence Dunbar. La máscara que «sonríe y miente» contribuyó a invisibilizar a la clase obrera negra y al mismo tiempo le permitió librar una suerte de guerra de guerrillas subterránea contra sus empleadores, la policía y otros representantes del

statu quo. A pesar de que en el sur había una buena cantidad de militantes afroamericanos y muchos movimientos interraciales y de que el poder establecido tenía el suficiente miedo a la rebelión como para dedicar una enorme cantidad de recursos a mantener la paz y vigilar a las comunidades negras, la máscara funcionó precisamente porque muchos blancos sureños aceptaron su propia mitología racial; creían que los «morenos» estaban felices y contentos y que cualquier acto de rebeldía colectiva venía instigado desde el exterior. Por otra parte, los negros también tuvieron que pagar el precio de la «máscara». El dolor de tener que reprimir lo que sentían ante el racismo producía tensiones. La escritora Gloria Wade-Gayles, que creció en viviendas de protección oficial en Memphis y alcanzó la madurez al albur del movimiento por los derechos civiles, expresó el dilema de una forma hermosa:

De adolescentes, muchos nos vimos atrapados entre la ira hacia los blancos y el respeto por nuestros mayores negros; entre la necesidad de dar salida a nuestra rabia a plena luz del día y el deseo de seguir vivos; y entre dos imágenes de nuestro pueblo: una para la gente de la ciudad y otra para nosotros mismos.⁸

Como propongo en mis reflexiones sobre la resistencia negra durante la Segunda Guerra Mundial y durante el movimiento por los derechos civiles, la «máscara» ya no era viable; las estrategias elusivas continuaron, por supuesto, pero muchas veces con la militancia pintada en el rostro.

Da igual lo que pensemos de la máscara que «sonríe y miente», de las tácticas de evasión, de los pequeños actos de rebelión y supervivencia... la realidad es que la mayor parte de la resistencia negra de clase obrera sigue desorganizada, escondida, clandestina. Son las preguntas a las que este libro se enfrenta: ¿cómo luchan y sobreviven los obreros afroamericanos más allá de las organizaciones consolidadas y los movimientos

sociales institucionalizados? ¿Qué impacto tienen esos conflictos cotidianos y esas preocupaciones ocultas en movimientos que dicen hablar por los desposeídos? ¿Se puede llamar a eso política?

La «historia desde abajo» me empujó a explorar las políticas de lo cotidiano. El enfoque que sigo está muy influido por académicos que han estudiado el Sudeste Asiático, especialmente el antropólogo político James C. Scott. Scott sostiene que, a pesar de la imagen pública de consentimiento, los grupos oprimidos se enfrentan a los poderosos construyendo un «discurso oculto», una cultura política disidente que se manifiesta en las conversaciones cotidianas, el folclore, los chistes, las canciones y otras prácticas culturales. Ese discurso oculto también se encuentra en los espacios controlados por los poderosos, aunque ahí casi siempre va disfrazado. Las esferas sociales y culturales de los oprimidos muchas veces salen a la luz en forma de resistencias cotidianas —hurtos, pérdida de tiempo, destrucción de la propiedad— o, con menos frecuencia, en ataques directos a individuos, instituciones o símbolos de dominación. El «discurso oculto» —nacido en el seno de comunidades agraviadas y expresada a través de su cultura— constituye, junto a los actos cotidianos de resistencia y supervivencia, lo que Scott llama «infrapolítica». En sus propias palabras:

La lucha sorda que los grupos subordinados libran cotidianamente se encuentra —como los rayos infrarrojos— más allá del espectro visible. Su invisibilidad es, como ya hemos visto, en buena medida resultado de una acción deliberada, de una decisión táctica que es consciente del equilibrio de poder.⁹

Yo uso el concepto de «infrapolítica» igual que Scott, para describir las confrontaciones diarias, las evasiones y los pensamientos reprimidos que muchas veces conforman los movimientos políticos organizados. No quiero decir que el reino

de lo infrapolítico sea más o menos importante o efectivo que el de lo que tradicionalmente llamamos política. Lo que quiero decir es que la historia política de los oprimidos no puede entenderse sin hacer referencia a la infrapolítica, ya que esos actos cotidianos tienen un efecto acumulativo en las relaciones de poder. Aunque el significado y la efectividad de esos actos dependan de las circunstancias, siempre —sean o no intencionados— son relevantes.

Para medir el poder y la importancia histórica de la infrapolítica de los oprimidos debemos atender a la envergadura de la respuesta de quienes han dominado tradicionalmente la política. Los actos cotidianos de resistencia y supervivencia siempre han modificado las relaciones de poder dadas, e históricamente los poderosos han dedicado una inmensa cantidad de recursos a evitar dichos cambios o a castigar a los transgresores. Entender cómo los poderosos interpretan, redefinen y reaccionan a las ideas y a las acciones de los oprimidos es tan importante como identificar y analizar la resistencia en sí. Las normas, estrategias y representaciones simbólicas de aquellos que detentan el poder —lo que Scott llama el discurso «oficial» o «público»— no se pueden entender sin detenerse en la infrapolítica de los grupos oprimidos. La perspectiva que propongo ayudará a ver cómo funciona el poder y cómo los actos de supervivencia y resistencia en apariencia inocuos e individualistas dan forma a la política, a los conflictos laborales y al orden social general. Sigo a la etnógrafa Lila Abu-Lughod cuando defiende que las formas cotidianas de resistencia tendrían que funcionar como «diagnósticos» del poder. En lugar de entender esas prácticas como meros ejemplos de la «dignidad y heroísmo de los resistentes», plantea que deberíamos dejar «que sus prácticas nos enseñen las complejas relaciones existentes en las estructuras de poder que cambian a lo largo de la historia».¹⁰